

UNA NUBE NARANJA

--Dejá que entre el chicano-- gritó el hombre desde el baño. Me levanté y abrí la puerta. Una silueta achaparrada se reflejaba en el umbral, apenas dibujada bajo los rayos intensos del exterior. Atravesó la barrera; de la luz total a las penumbras, pude distinguir su rostro aindiado y su mirada resignada.

--Vine con un inglés que encontré más al norte; dice que está escapándose de la nube naranja y tiene miedo.

En ese momento un hombre gordo apareció de pronto como un fantasma.

--No estoy asustado, es sólo que después del desastre nuclear me he vuelto un poco paranoico.

--Paranoico ¿Por qué?-- gritó el hombre del baño. Tiene que estar contento, es un feliz sobreviviente y aquí en el sur de la Patagonia nada podrá ocurrirle...

La rusa salió de la cocina con frijoles y cerveza para no romper la costumbre; era la hora de comer. Nos sentamos desparramándonos donde podíamos: yo, en el sofá con la rusa; el mexicano, en el banquito cerca de la ventana y el inglés, sobre el gran baúl, único mueble que aguantó su peso. Después, le llevé comida al del baño.

--Hace días que comemos lo mismo-- se quejó el inglés.

--¿Días?--gritó el del baño-- yo apostaría a que jamás hemos comido otra cosa.

--Deje de gritar, "please", que de aquí lo escuchamos bien--respondió el inglés un poco perturbado.

--Es que no grita --le expliqué-- nunca habló más bajo.

--Entonces, que deje de hablar, parecería que hace siglos que escuchamos sus comentarios. Me encantaría saber cómo se entera de todo, si nunca sale de allí --contestó el inglés, pero ya sin

convicción.

La pelea había terminado. Afuera el cielo aplastante y eternamente luminoso nos acompañaba fluorescente, parejo y nítido; luz sin calor, casi tibia; horas y horas, días y días...

--Años y años, siglos y siglos-- gritó el del baño como adivinándome los pensamientos.

La rusa salió de la cocina con frijoles y cerveza; la comida estaba lista... Creo que en ese momento, pero no estoy muy seguro, tal vez fue antes o varios años después, el mexicano apareció en la puerta.

--¡Chingada! --damaba-- ¡Nube chingada!

El hombre del baño gritó que tendríamos que prepararnos para partir hacia la isla Grande. La rusa, dejando la bandeja, asintió en silencio; el inglés, preocupado, se sentó en el baúl.

--Tenemos que irnos antes de que llegue; es tóxica y mortal.

--Sí --agregó el mexicano y se arrellanó en el banquito bajo su gorro de mariachi, dispuesto a dormir una siesta.

Yo me acerqué a la ventana; el cielo uniforme resplandecía con tanta fuerza que ni la sombra de nuestra cabaña de piedra podía enfrentársele. En el horizonte, sobre la tierra muerta, una mancha naranja gigantesca.

--Tenemos que marcharnos --dije a media voz-- , si no moriremos.

Ocupé mi lugar en el sofá junto a la rusa. El del baño gritaba que le llevaran frijoles. El inglés decía, como para sí mismo, que todavía estábamos a tiempo de salvarnos y todos asentimos lentamente... El aire se espesó; un viento caliente sacudió la puerta, la rusa se levantó para cerrarla. El chicano roncaba por lo bajo. La atmósfera se tiñó de amarillo, luego de anaranjado; el calor se volvió insoportable; el mexicano no pudo quitarse el sombrero que le molestaba... Más tarde un ardor tremendo y por fin la oscuridad total... tan esperada...

María Jimena Dib
2do. Año, Letras